

La potencia de la guerra

OMAR LOBOS¹

Roberto Arlt habla siempre de la guerra poéticamente. Con ironía poética. La ironía y la poesía son una distancia, o dos. Para hablar o escribir sobre la guerra hay que conocer o haber conocido la guerra. Lev Tolstói exclama vehemente en *Guerra y paz* “¡yo puedo hablar de esta guerra, mi padre la hizo!”, o puede decir en sus *Relatos de Sebastópol* que el héroe de estos es *la verdad*, justamente porque él mismo combatió en la guerra de Crimea. ¿Desde dónde habla de la guerra Roberto Arlt?

En la periférica Argentina donde Arlt nació y vivió, los estrépitos del centro se oyen, amortiguados pero se oyen, y se sienten. Las inmensas masas de origen inmigratorio que han cambiado la faz demográfica del país por esos años (y de las cuales por supuesto es parte la propia familia Arlt) no dejan de manifestar tribulaciones por sus patrias no hace mucho dejadas. Las vanguardias artísticas entonan cantos de alabanza a la destrucción del viejo mundo, el poeta italiano Filippo Marinetti –ardoroso partidario del fascismo– ha señalado en 1915 que la guerra es el más bello poema futurista jamás escrito. El ideario progresista del capitalismo post-revolución industrial ha ido a dar al callejón apocalíptico de la primera gran conflagración mundial. Arlt es solo un muchacho, pero siente el trémolo asordinado pero *sostenuto* que queda flotando tras el último estrépito orquestal de esa experiencia bélica, y este trémolo ponto recobrará bríos (*in crescendo*) con la marcha de Mussolini sobre Roma; poco después se publicará *Mein Kampf* y a partir de este programa Hitler organizará en Alemania el Partido Nazi; como corresponsal del diario *El Mundo*, el propio Arlt visitará España entre 1935 y 1936, en las vísperas mismas de la guerra civil. La guerra se huele, de lejos y de cerca, y en muchos programas estatales adquiere ribetes de culto.

Así, en este estado de potencia viven y piensan –sobre todo piensan– también los personajes de Arlt.

¹ Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional de Lanús.

En su novela *Respiración artificial*, Ricardo Piglia hace decir a uno de los protagonistas que Arlt es el escritor que inaugura la literatura argentina del siglo XX, “el único escritor verdaderamente moderno que produjo la literatura argentina”. A la réplica desdeñosa de un interlocutor de que Arlt fue solo “un cronista de *El Mundo*”, el primero convendrá –mediante un calambur– que *justamente* era eso: “*un cronista del mundo*” (Piglia, 1988, p 165).

Denostado por el establishment literario, su temprana muerte en 1942, a sus 42 años, amenazó con llevarse también la propia memoria de Roberto Arlt, hasta que una década después realiza su primer gran rescate la mítica revista *Contorno*. Fundada por los hermanos Ismael y David Viñas en 1953, con cierto carácter vanguardista y rupturista respecto de publicaciones como su antecesora *Martín Fierro* o su prestigiosa rival la revista *Sur*, de Victoria Ocampo, el segundo número, aparecido en mayo de 1954, está enteramente dedicado a la figura del gran escritor y fungiría casi como una entronización. Ciertamente, Arlt es hoy uno de los nombres ineludibles de nuestra literatura nacional y uno de los artífices de nuestro lenguaje literario, dueño de una voz inoportuna, carnal y desembozada. Entre las diversas notas de ese número que abordan su obra y su personalidad –sobre todo su personalidad– se destaca una de Ismael Viñas, que le reconoce al “talento cruel” del escritor la potencia de su lenguaje, en un mundo que necesita nombrar las cosas de nuevo.

Pero también es cierto que a veces Arlt cede a las exigencias estilísticas del establishment. Ismael Viñas dirá que el lenguaje de Arlt es pobre y que él mismo parece haberse avergonzado de esa pobreza, en virtud de lo cual por momentos “cae en un idioma afectado, desmayadamente *literario*” (Revista *Contorno*, N° 2, pág. 4). Es cierto, cuando Arlt quiere escribir en un deliberado registro “literario” suena impostado y vulgar, pierde la potencia de la lengua propia (“mostrenca”) de sus personajes sórdidos y marginales. Quizá su cuento “La luna roja” sea un buen ejemplo de esto.

El emblemático “La luna roja”, que integra *El jorobadito* –libro publicado en 1933–, compone una alegoría de cuño futurista-modernista en la cual la guerra es representada como una fuerza elemental, ominosa, que no es posible dominar ni comprender y sacude los cimientos de un mundo tremendamente satisfecho de sí mismo, de su orden, de su *progreso*. En esta clave, el lenguaje “modernista” (es decir, decadentista) que utiliza podría leerse como inherente a la materia que trata, pero no deja de sentirse en él una impostación. En todo caso, “La luna roja” es un cuento para leer a la luz de las otras consideraciones de Arlt sobre la guerra, tanto las que despliega en sus crónicas como las que pone en boca de los personajes de sus novelas.

Por su parte, “El hombre del turbante verde”, que integra *El criador de gorilas* (1941), constituye una de las —como él las denomina— “estampas marroquíes de su breve viaje por Europa y África del Norte”. En él, el protagonista es alguien que solo trata de sacar partido de una guerra ajena, y la guerra misma solamente sirve de mero telón de fondo a la anécdota que despliega. El registro que utiliza tampoco es el más típico y original, sino el “desmayadamente literario”.

Si bien de modo tangencial, el tema también hace parte de su primera gran novela: *El juguete rabioso*, cuando el protagonista, Silvio Astier, se dispone a ingresar a la Escuela Militar de Aviación. Hace allí gala de sus dotes de inventor y de sus conocimientos sobre explosivos —llamativos por tratarse de un joven de dieciséis años—, y ello da pie a que se lo someta a una especie de examen “más profesional”, acerca de “un mortero de trinchera que había ideado, para arrojar proyectiles que permitieran destruir mayor cantidad de hombres, que los «schrappnells» con sus explosivos”. La conversación con el oficial examinador pone de manifiesto el consumo de libros técnicos y científicos que el joven realiza a la par del de obras literarias, y la terminología y el duro registro técnico de ese tipo de libros también permea el estilo general de Arlt.

No obstante, el abordaje artístico-lingüístico más potente y genuino de la guerra, la guerra como apoteosis del nihilismo destructivo, lo presenta Arlt en el ideario inescrupuloso y exaltado del Astrólogo en los fragmentos de *Los lanzallamas* (1931). No en vano se lo tildó de “trasvasador” de, fundamentalmente, los escritores rusos del siglo XIX, Dostoievski el primero. Y por supuesto que la saga de los siete locos puede leerse como palimpsesto de la novela *Los demonios*, pero es innegable su profunda originalidad y pertinencia en el contexto en el que Arlt escribe. Por otra parte, lo caricaturesco del personaje no obsta para que pueda admitirse la lógica irrefutable (y a posteriori en buena medida trágicamente constatada) de sus planes y razonamientos.

Arlt desarrolla su literatura en una sociedad —la argentina— y un mundo —Occidente— que está buscando un orden, un rostro (¿el de Ares?). Así, en la misma clave nihilista a la rusa en que razona el Astrólogo, en la charla entre Erdosain y “el gaseado” —en la misma novela— hay una fascinación por el “juego atroz” de la guerra, y una especial fruición en el análisis de las posibilidades letales de los gases. (En general, en todas las pesadillas destructoras del resentimiento de Erdosain la guerra aparece con la entidad mística de una promesa, como una máquina tan vengativa como purificadora). Así, lo mismo que en sus crónicas, la guerra en las figuraciones de los personajes de Arlt es una maquinaria que se autosatisface, todo trabaja

para ella, el amor, la fecundidad, las estadísticas, el progreso técnico, la industria, y a su respecto los hombres parecen mostrar una inconsciencia salvaje e infantil.

Si hay futurismo en Arlt, es un futurismo distópico.

En otro artículo –muy breve– de aquel número de *Contorno*, David Viñas ha cuestionado y refutado la pretendida filiación comunista de Arlt. Admitiendo que, si bien este podía adherir e incluso defender ardorosamente muchos de los planteos del comunismo, sostiene Viñas que jamás podría haber sido un comunista, en tanto “su espíritu demoníaco, agresivo, violento, pecador, no se hubiera conciliado (como no se concilia ninguna de sus obras) con la seguridad satisfecha y progresista del comunismo. Porque en realidad a él no le importaba modificar el mundo, hacerlo mejor, sino describirlo, paladearlo. Y entenderlo. Y aun amarlo con todas sus impurezas” (*Contorno*, N° 2, pág. 8).

La rebeldía de Arlt está dirigida contra un tipo de sociedad, la que hemos heredado de Europa. La tremenda crisis del Viejo Continente que desembocará en la Segunda Guerra Mundial representa para él el callejón sin salida de esas mismas normas. Los horrores que imaginan sus personajes más delirantes se verán trágicamente confirmados e incluso superados en un mundo atroz que lo sobrevivió. No obstante, para ellos todavía sigue siendo una pura potencia creadora.

Bibliografía:

- Contorno* (Ed. facsimilar) (2007). Buenos Aires, Biblioteca Nacional.
- Marinetti, F. T. (1915). Guerra sola higiene del mundo. Disponible en <https://archive.org/details/marinetti-guerra-sola-igiene-del-mondo-1915/page/n7/mode/2up>
- Piglia, R. (1988). *Respiración artificial*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Tolstói, L. N. (1998). *Voiná i mir*. Moskvá, Folio.
- Tolstói, L. N. (2007). *Sevastópskíe rasskazi - Kazaki*. Donetsk, OOO PKF “BAO”.